

con Fabre y con algunas de las personalidades que se consideran en Francia por encima de los partidos, pero que son conocidas por un pensamiento general emparentado con la izquierda. Por lo menos, puede asustar a su derecha con esta idea. De esta forma aborda lo que algunos comentaristas líricos llaman "la segunda primavera del señor Giscard". Podría ser la primera: es decir, podría ahora abordar con algunas posibilidades sus ideologías políticas reformistas. Hasta ahora, estas reformas pretendidas en la vida nacional han tenido la doble oposición de la izquierda y de la derecha. En la derecha, sus imprescindibles aliados, los "tradicionales", que le acusaban continuamente de hacer inútiles concesiones a la izquierda; por la izquierda, por que consciente ésta de su papel de oposición consideraba como falsas todas las aperturas presidenciales, como demagógicas y aparentes, sin más intención que la de robar votos a la izquierda. Si de verdad Giscard ha pretendido alguna vez modificar profundamente la vida del país y cambiar la sociedad sobre la que actúa, es ahora cuando puede hacerlo. Un buen análisis de los resultados le ha mostrado ya que la derecha tradicional ha perdido escaños, y que precisamente los perdedores se cuentan entre aquellos que con más rigor se han opuesto a su reformismo. Si al mismo tiempo la oposición se ha destrozado mutuamente, y en cada uno de los partidos se está desarrollando un fuerte sentido crítico y una sensación de despecho, Giscard puede estar satisfecho de su posición. Sin olvidar el envés de la cuestión: que, a pesar de todo, la gran derecha tiene todavía la representación máxima en la Asamblea, y que a pesar de todo, también, la mitad por lo menos del país sigue estando del lado de los socialistas y de los comunistas.

Todo lo que se ve de las elecciones francesas y de la situación posterior de ese país conduce a una cierta identidad con una generalidad europea, y especialmente de la Europa del Sur. Es una tendencia a la moderación y al reformismo. A pesar de tanto cambio sucedido —en las ideologías de la izquierda, en la tensión mundial, en los cambios económicos, en la alteración de clases sociales, en las nuevas formas de los partidos comunistas—, la variación con las premisas de la posguerra son muy escasas. Se basaban aquellas en la instalación en Europa de unos gobiernos moderados, con el apelativo de democracias cristianas, que sirvieron al mismo tiempo para la contención del fascismo derrotado, ofreciendo una vía democrática, y para impedir el acceso de la izquierda —fortalecida por la resistencia y por lo que

creyó poder explotar del aspecto ideológico de la guerra contra el nazismo en la que había vencido— a cualquier forma de poder. Todos los movimientos políticos posteriores no han cambiado nada las cosas. Que los moderadores de hoy se llamen centristas o socialdemócratas, y sean Giscard, Suárez o Schmidt, o el propio Andreotti, apenas cambia la situación. Son treinta años continuos, en los cuales si ha habido pérdidas considerables ha sido por el lado de la izquierda.

La situación de la izquierda general dentro de esta inmovilidad es bastante grave. La realidad es que se ha desnaturalizado a sí misma para aproximarse al centro privilegiado, hasta el punto de que cuando afirma tímidamente algunos de sus principios históricos —como le ha sucedido al partido socialista español al definirse como lo que siempre ha sido: marxista, de clases, de masas— se le echan encima los supuestos moderados porque parece que está planteando algo nuevo. Esta desnaturalización ha servido para hacerle perder adherentes, pero no le sirve ni para ganar unas elecciones. En los países en que la izquierda ha alcanzado el poder, ha tenido que dejar de actuar como tal izquierda; y en los que se mantiene en la oposición, tiene también que limitar su papel de oposición. La vieja lucha de la izquierda europea está en estos momentos en una situación de desmayo y de pérdida de intencionalidad. En Francia, en Italia o en España.

Cuando esto sucede con la izquierda orgánica, la izquierda de partidos y asociaciones, está sucediendo inversamente que la izquierda natural, la izquierda de los que sienten en su propia vida la opresión de la sociedad, está creciendo. Este es un aspecto del drama que se ha hecho más visible en las elecciones francesas, pero que ya lo era en todo el continente pese a las distintas condiciones de vida que puede haber en Suecia, en Austria o en Italia.

¿Puede producirse una reconstrucción de la izquierda? Hay, por una parte, lo que llamamos la izquierda natural, que se siente cada vez más necesitada de defensa. Hay una izquierda intelectual, que en gran parte de Europa se está despegando de los partidos —en España el fenómeno es inverso, como consecuencia de unas razones históricas y psicológicas que están haciendo momentáneamente que el intelectual se incline ante los partidos, en lugar de inspirarlos o dirigirlos: ya cambiarán—, que está continuamente buscando los caminos de lo posible. Por esas vías se podrá llegar a la larga a la reconstrucción de la izquierda. Que está hoy maltrecha y sin aliento. ■

FEIFFER

¿SE ENTERA UN ARBOL DE QUE YO LO TREPO?



¿SABE LA HIERBA QUE LA PISO?



314 0177 SUB ESTER

ASI QUE YO TAMBIEN TENGO IMPORTANCIA ECOLOGICA.



¿SE ENTERA UN ARROYO DE QUE LO VADEO?



¿SABE LA FLOR QUE LA OLFATEO?



SOY EL UNICO VINCULO ENTRE EL ARBOL QUE TREPO, EL ARROYO QUE VADEO, LA HIERBA QUE PISO Y LA FLOR QUE OLFATEO.

SALVADME

